

De modo semejante contrastan la laudada erudición histórico-literaria y el encomiable propósito de lectura actualizada de la Escritura, con una gran laguna de consistencia y profundidad teológicas. De ahí la acusada pobreza de la Cristología subyacente y resultante del estudio de E. Schweizer. No busque, pues, el lector esos valores, que quizás el autor estuvo muy lejos de proponérselos, sino los anteriores reseñados.

José María CASCIARO

Wolfgang TRILLING, *Conversaciones con Pablo. Un recorrido original por la obra del Apóstol*, traducción castellana de C. Gancho, Barcelona, Ed. Herder, 1985, 184 pp., 12 x 20.

Wolfgang Trilling pretende con este libro poner al descubierto la riqueza espiritual del mensaje de San Pablo. No se trata de un estudio científico, ni tiene una línea argumental clara. Es, más bien, un conjunto de reflexiones personales sobre la teología paulina realizadas por quien ha trabajado durante años en el Nuevo Testamento, y conoce a fondo la bibliografía técnica. En sus palabras encuentran eco muchas de las hipótesis e interpretaciones sobre la teología del Apóstol que han circulado estos últimos años en libros y artículos especializados. Trilling presenta un trabajo de síntesis. No obstante su labor se apoya demasiadas veces en conjeturas no suficientemente probadas, y el modo de exposición resulta con frecuencia ambiguo. Por eso, el libro en su conjunto produce desorientación al lector no experto, a la vez que da una cierta impresión de superficialidad a quien conoce bien los escritos del Apóstol.

Desde el inicio Trilling reconoce la indudable influencia de San Pablo en la «doctrina de la Iglesia» (*sic*, con comillas): «Pablo había aportado su contribución, que naturalmente era de suma importancia por tratarse de un apóstol, un testigo del Resucitado, un hombre de los orígenes y un varón con el Espíritu de Dios» (p. 19). Pero aquí, y en toda la obra, se silencia aquello que confiere plena autoridad a los escritos del Apóstol: el estar escritos bajo el carisma de inspiración; los motivos aducidos son importantes, pero secundarios. Se habla de las enseñanzas de San Pablo como si fueran una opinión particular, aunque muy importante, y se subraya en exceso la originalidad del pensamiento paulino, como si no se lo pudiera encuadrar plenamente en el sistema unitario de la doctrina de la fe (cfr. pp. 19-20). Es cierto que el Apóstol tiene una personalidad humana muy fuerte, que deja huella en sus escritos, pero no hay que exagerar: su teología es plenamente coherente con toda la Revelación contenida en la Sagrada Escritura tomada en su conjunto. Tal presupuesto teológico es irrenunciable si se quiere llegar a algo provechoso, pues «para descubrir el verdadero sentido del texto sagrado hay que tener muy en cuenta el contenido y

la unidad de toda la Escritura, la Tradición viva de toda la Iglesia, la analogía de la fe» (*Dei Verbum*, n. 12).

Otro punto inestable de apoyo en la síntesis del profesor Trilling es la discutida cuestión del número de epístolas atribuibles a San Pablo: «Un número bastante notable de las cartas que aparecen en esa colección epistolar paulina (el *corpus paulinum*) figuran sí bajo su nombre, pero de hecho no fueron redactadas por él. Tal ocurre con seguridad respecto a cuatro (Ef, 1 Tim, 2 Tim, Tit) y, muy probablemente también de otras dos (Col y 2 Tes). Nos encontramos con la práctica de la 'pseudo-epigrafía', por la que alguien redacta un escrito poniéndolo bajo el nombre de otro; fue éste un uso muy difundido en la antigüedad, que también puede demostrarse dentro de la colección de escritos que forman el Nuevo Testamento» (p. 22). Sin embargo, Trilling no demuestra nada; sólo en algún caso se apuntan unas consideraciones (pp. 23-24 y 25-26) que ya desde hace años se han manifestado incapaces de resistir a una crítica seria (véanse, por ejemplo, los comentarios a Efesios de H. Schlier, y a las Pastorales de C. Spicq). Y más reductor que el hecho de negar sin sólidos fundamentos la autenticidad paulina, es el de intentar eludir la autoridad normativa de algunas cartas: «Una y otra (Ef y Col) pertenecen a los veintisiete escritos que forman el Nuevo Testamento, y son por tanto 'canónicas', es decir, que contienen doctrinas obligatorias y determinantes. Pero ambas están referidas a otras afirmaciones contrarias del Nuevo Testamento, que pueden completarlas y han de preservar su mensaje de unas consecuencias entusiastas de 'huida del mundo' y tal vez hasta de una ideologización del cristianismo» (p. 24).

Junto a las posiciones de principio a las que hemos aludido, hay en este libro numerosas imprecisiones en la redacción. Con el ánimo se subrayar el lenguaje del Apóstol, de suyo vigoroso, se llega a decir que Cristo «ha sido invadido y envenenado total y completamente por el pecado, hasta el punto de que por ello ha muerto» (p. 82). Aunque poco más adelante reconoce, con San Pablo, que Jesús «no conoció el pecado», eso no nos parece suficiente para matizar una afirmación tan temeraria como la que hemos transcrito textualmente. Cabría pedir al menos una mayor precisión en el modo de expresarse.

En otros textos el lector puede dudar de si falta pericia en la redacción o si se trata de ambigüedades deliberadas cuando hay temas importantes, de fe, por medio. Así, después de constatar, con lenguaje indirecto, que Pablo cree que Jesús es el Cristo, más aún, el Hijo de Dios, afirma: «Nosotros partimos aquí de la base que se le ofreció a Pablo (*sic*, subrayado, como si se le hubiera ofrecido sólo a él) y desde la cual continuó creyendo y reflexionando, sin preguntar por el contenido preciso ni por la posibilidad de comprensión de lo que significa la expresión 'Hijo de Dios' ni de cómo podríamos entenderla hoy nosotros» (p. 57).

Otro texto delicado por la ambigüedad del lenguaje es el siguiente: «De una manera afectiva (¿por qué no dice «efectiva»? ¿es una simple errata?) y totalmente nueva (Jesús) volvió a vivir por un acto singular

y poderoso de Dios. 'Dios lo ha resucitado' significó entonces que cuanto Jesús había iniciado *no había muerto con él (sic)*, sino que seguía adelante; más aún comenzaba de un modo completamente nuevo con esa fuerza de Dios y con él, el 'Señor' viviente» (p. 96). Quien lee un párrafo así puede quedar perplejo. ¿Entiende Trilling la Resurrección de Jesús como un paso real de la muerte a la vida, o como un nuevo modo de presencia en el afecto de sus discípulos cuando contemplan que su ejemplo y su predicación se mantienen vivos después de su muerte? Hemos de reconocer que, con lo que está escrito en éste y otros textos análogos, no se puede responder a esa pregunta, porque las frases pueden entenderse en cualquiera de los dos sentidos que hemos apuntado. Léase, con un cierto sentido crítico, la siguiente afirmación: «Esa intervención de Dios se dio en lo que nosotros llamamos la 'resurrección de Jesús'» (p. 54). ¿Por qué pone «resurrección de Jesús» entre comillas como si fuera una mera denominación que no refleja en sentido literal un preciso hecho histórico? ¿No confunde el inciso «lo que nosotros llamamos»? Obsérvese que sin ese inciso y sin las comillas la frase sería mucho más clara, pero desgraciadamente, en muchos temas importantes, el modo de expresarse de este autor dista mucho de ser transparente.

A lo largo de la obra pueden detectarse análogos detalles de ambigüedad al hablar del Espíritu Santo (p. 51), la justificación por la fe —«para participar de la aceptación de Dios y estar seguros de la misma, sólo se requiere la fe de que Él ha hecho y sigue haciendo por mí cuanto requiere mi salvación» (p. 119)—, la libertad (p. 140), e incluso la presencia real de Cristo en la Eucaristía (p. 171). Podríamos comentar con mayor detenimiento cualquiera de esos textos, pero consideramos que todo lo que llevamos dicho es más que suficiente para hacerse una idea del tono del libro.

Aunque, como hemos puesto de manifiesto, no compartimos los presupuestos del profesor de Leipzig ni su modo habitual de expresarse, quisiéramos dejar constancia de un aspecto de sus consideraciones que es sugerente: la idea de enfocar la ética (aunque yo preferiría llamarla «moral») cristiana como una «ética del espíritu» (pp. 151-152), no meramente legalista ni basada en un genérico sentimiento de amor que se conforma con cumplir lo que es realizable sin gran esfuerzo; una moral positiva que mueva a poner por obra con energía, apoyados en la fortaleza que Dios presta, todos los impulsos nobles y generosos que pone el Espíritu Santo en el corazón del creyente.

Francisco VARO

Gerd THEISSEN, *Estudios de sociología del Cristianismo primitivo*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1985, 288 pp., 13,5 x 21.

Se trata de una recopilación de ocho estudios, hechos públicos en diversas ocasiones: desde conferencias ante auditorio universitario